

Franz Kafka, *El proceso*. Traducción de Feliu Formosa. Madrid: alianza, 1998, pp. 219-220.



Después, ambos permanecieron largo rato en silencio. Seguro que, en la oscuridad que reinaba abajo, el sacerdote no podía distinguir muy bien a K.; éste, en cambio, veía claramente al sacerdote iluminado por la lamparilla. ¿Por qué no descendía el sacerdote? En realidad no había pronunciado un sermón, sino que se había limitado a comunicar unas cuantas cosas a K., unas cosas que, examinadas con atención, probablemente podían perjudicarle más que beneficiarle. Sin embargo, a K. le pareció indudable la buena intención del sacerdote. Si bajaba, no era imposible que se pusiera de acuerdo con él, que le diera a K. un consejo decisivo y aceptable, que tal vez no le serviría para influir en el proceso, pero sí para apartarse de él, para eludirlo, para saber cómo se podía vivir fuera del proceso. Tal posibilidad debía existir y K. había pensado en ella a menudo durante los últimos tiempos. Y si el sacerdote conocía dicha posibilidad, tal vez la revelaría si alguien se lo suplicara, aunque él mismo pertenecía al tribunal y aunque, cuando K. había atacado al tribunal, el sacerdote había reprimido la natural dulzura de su carácter e incluso había tratado a gritos a K.

«¿No vas a bajar?», dijo K. «No hay motivo para predicar. Baja aquí, conmigo.» «Ahora ya puedo ir», dijo el sacerdote; tal vez estaba arrepentido de sus gritos. Mientras descolgaba la lamparilla del gancho, dijo: «Primero tenía que hablar contigo a distancia. Si no lo hago así, me dejo influir con demasiada facilidad y olvido mi servicio».

K. lo esperó al pie de la escalera. El sacerdote, mientras bajaba, le tendió la mano desde un escalón todavía muy alto. «¿Puedes dedicarme un poco de tiempo?», preguntó K. «Todo el tiempo que te haga falta», dijo el sacerdote, y entregó a K. la lamparilla para que la llevase. Viéndolo de cerca, tampoco se perdía cierto aire solemne que tenía su personalidad. «Eres muy amable conmigo», dijo K. Juntos pasaron de un extremo a otro de la oscura nave lateral. «Entre todos los que pertenecen al tribunal, eres una excepción. Tengo

más confianza en ti que en cualquiera de ellos, aunque conozco a muchos. Contigo puedo hablar francamente.» «No te engañes», dijo el sacerdote. «¿Por qué había de engañarme?», preguntó K. «Te engañas respecto al tribunal», dijo el sacerdote. «En los escritos introductorios de la ley, se habla así de este engaño: Ante la ley hay un guardián. A este guardián se acerca un hombre del campo y le pide que le permita entrar en la ley. Pero el guardián dice que ahora no puede concederle la entrada. El hombre reflexiona y luego pregunta si podrá entrar más tarde. “Es posible”, dice el guardián, “pero no ahora”. Como la puerta de la ley está abierta como siempre y el guardián se echa a un lado, el hombre se agacha para ver el interior a través de la puerta. Al notarlo el guardián, se ríe y dice: “Si tanto te atrae, anda, intenta entrar a pesar de mi prohibición. Pero ten en cuenta una cosa: Soy poderoso. Y sólo soy el más bajo de los guardianes. Pero entre una sala y otra, hay también guardianes, y cada uno de ellos es más poderoso que el anterior. Ni yo mismo puedo soportar la simple visión del tercero de ellos”. El hombre del campo no esperaba tales dificultades. La ley debe ser siempre accesible y estar abierta a todos, piensa. Pero entonces, al observar más detenidamente al guardián envuelto en su capote de pieles, su gran nariz puntiaguda, la barba de tártaro, larga, negra y estrecha, decide que es mejor esperar hasta que le den permiso para entrar. El guardián le da un taburete y deja que se siente a uno de los lados de la puerta. Allí permanece sentado días y años. Efectúa muchos intentos para que le dejen entrar y fatiga al guardián con sus súplicas. El guardián se enzarza a menudo con él en breves interrogatorios; le pregunta por su tierra y por otras muchas cosas, pero se trata de preguntas indiferentes, como las formulan los grandes señores y, para acabar, le dice siempre que no puede permitirle la entrada. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para su viaje, las utiliza todas, por valiosas que sean, para sobornar al guardián. Éste lo acepta todo, pero

dice: "Lo acepto únicamente para que no creas que has omitido nada". Durante los muchos años que van pasando, el hombre observa al guardián casi sin interrupción. Se olvida de los restantes guardianes, y le parece que éste, el primero, es el único obstáculo para la entrada en la ley. Durante los primeros años, maldice en voz alta la desgraciada casualidad, pero luego, al envejecer, ya sólo refunfuña entre dientes. Chochea, y como, por haberse pasado tantos años examinando al guardián, ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de pieles, suplica también a las pulgas que le ayuden y hagan cambiar de opinión al guardián. Finalmente, la vista se le va debilitando y no sabe si realmente está oscureciendo a su alrededor o si le engañan sus ojos. Pero entonces distingue en la oscuridad un resplandor inextinguible que sale de la puerta de la ley. Ya no vivirá mucho. Antes de su muerte, se acumulan en su cabeza todas las experiencias de todos aquellos años y forman una pregunta que aún no había formulado nunca al guardián. Le hace una seña, porque ya no puede levantar su cuerpo yerto. El guardián tiene que inclinarse mucho, porque la diferencia de estatura se ha hecho mucho mayor, en perjuicio del hombre del campo. "¿Qué más quieres saber?", pregunta el guardián. "Eres insaciable." "Todo el mundo se esfuerza por llegar a la ley", dice el hombre, "¿cómo es posible entonces que, durante tantos años, nadie haya pedido la entrada más que yo?" El guardián se da cuenta de que el hombre está cerca de su fin, y para que las palabras lleguen a su oído, que se extingue, le grita con fuerza: "Por aquí no podía tener acceso nadie más que tú, porque esta entrada estaba destinada sólo a ti. Ahora me voy y la cierro".»

«O sea que el guardián engañó al hombre», dijo inmediatamente K., atraído por aquella historia irresistible. «No te precipites», dijo el sacerdote, «no aceptes la opinión ajena sin someterla a prueba. Te he contado la historia tal como figura en el texto, palabra por palabra. En el texto, nada se

dice de un engaño». «Pero está bien claro», dijo K., «y tu primera interpretación era acertada. El guardián no le ha dado al hombre el mensaje redentor hasta que éste no podía valerse ya por sí mismo.» «Pero antes tampoco le fue formulada la pregunta», dijo el sacerdote. «Piensa además que él era sólo un guardián y que, como tal, cumplió con su deber.» «¿Por qué crees que cumplió con su deber?», preguntó K. «No lo cumplió. Su deber podía ser quizá librarse de todos los desconocidos, pero debió permitir la entrada al hombre, puesto que a él estaba destinada la puerta de la ley.» «No respetas bastante el texto de la escritura y tergiversas la historia», dijo el sacerdote. «La historia contiene dos aclaraciones importantes del guardián sobre el acceso a la ley, una al principio y otra al final. La primera de ellas dice que ahora no puede concederle la entrada, y la segunda dice: esta entrada estaba destinada sólo a ti. Si entre ambas aclaraciones existiera una contradicción, entonces estarías en lo cierto y el guardián habría engañado al hombre. Pero no existe contradicción alguna. Al contrario, la primera aclaración alude incluso a la seguridad. Casi podríamos decir que el guardián se extralimitó en el cumplimiento de su deber, puesto que ofreció al hombre la perspectiva de una posibilidad futura de acceso. En todo momento, no parece que su deber fuese otro más que cerrar el paso al hombre, y efectivamente, muchos intérpretes de la escritura se extrañan de que el guardián llegase a efectuar semejante insinuación, porque parece un hombre amante de la exactitud y estricto cumplidor de sus funciones. Durante muchos años no abandona su puesto y sólo cierra la puerta en el último momento. Es muy consciente de la importancia de su servicio, porque dice: "Soy poderoso"; tiene respeto por sus superiores, porque dice: "Sólo soy el más bajo de los guardianes"; no es charlatán, porque en tantos años, como dice el texto, formula sólo "preguntas indiferentes"; no es sobornable, porque cuando le hacen un obsequio, dice: "Lo acepto únicamente para que